

DOMINGO IV DE PASCUA (A)
Homilía del P. Manuel Nin, monje de Montserrat
13 de abril de 2008
Hch 2,14.36-41; 1Pe 2,20-25; Jn 10,1-10

Bendecido sea nuestro Dios en todo tiempo, ahora y siempre y por los siglos de los siglos. Amén.

Estimados hermanos, en la alegría de la celebración del Señor resucitado de entre los muertos, Él mismo nos ha convocado este domingo, su Pascua, para celebrar los Santos Misterios, para escuchar su Palabra, para participar en su Cuerpo vivificante y en su sangre preciosa.

Las lecturas que acabamos de escuchar, de los Hechos, de la 1Pe y del evangelio de Juan, nos han anunciado la resurrección del Señor, su victoria sobre el pecado y la muerte. En los Hechos, por boca de Pedro, hemos oído una proclamación muy clara del misterio de nuestra fe: "El mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, Dios lo ha constituido Señor y Mesías". Pedro, la Iglesia no nos ha predicado: "el mismo Jesús, a quien vosotros crucificasteis, tenedlo como Mesías, puede ser un Mesías, uno de tantos que han pasado por el mundo haciendo el bien ... Pedro nos ha anunciado: "Dios lo ha constituido Señor y Mesías".

También en la segunda lectura, Pedro ha centrado, siempre en torno al misterio de la cruz, la fe que celebramos, que vivimos como cristianos: "Cristo padeció su pasión por vosotros ... Cargado con nuestros pecados subió al leño ... habéis vuelto al pastor y guardián de vuestras vidas...".

Finalmente el evangelio, con las imágenes del pastor, del rebaño y del redil, ha proclamado también el misterio central de nuestra fe: es, y sólo, a través del Señor resucitado, que tenemos entrada en el Reino. "Yo soy la puerta", nos ha repetido hasta dos veces el Señor en el evangelio. Es a través de mi persona y de mi evangelio que podréis tener la vida y tenerla en abundancia.

¿Qué querrá decir entonces para nosotros cristianos, proclamar con fe la resurrección de Cristo?; ¿qué querrá decir entrar en el Reino a través de Cristo, en la fidelidad a su evangelio?

En primer lugar saber que él nos llama a cada uno por el nombre, que conoce a cada uno por su nombre, que camina delante nuestro. En el Oriente cristiano, cuando el sacerdote da la comunión del cuerpo y de la sangre del Cristo a cada fiel, pronuncia el nombre, el nombre que aquél fiel recibió en el bautismo y que es el nombre con el cual el Señor nos conoce: "el siervo de Dios ... recibe el precioso y santo cuerpo y sangre del Cristo para remisión de sus pecados y la vida eterna". En cualquier tradición cristiana por lo tanto, de Oriente y de Occidente, se mencione o no el nombre del fiel, al acercarnos a recibir los santos Dones, no somos una fila anónima que se acerca a algo más o menos impersonal ... sino que somos una comunidad de fieles cristianos bautizados, conocidos y queridos cada uno por su nombre que nos movemos, que caminamos para recibir el cuerpo y la sangre de Aquél que confesamos como viviente y vivificante.

¿Qué querrá decir para nosotros cristianos, proclamar con fe la resurrección de Cristo?; ¿qué querrá decir entrar en el Reino a través de Cristo, en la fidelidad a su evangelio?

En segundo lugar querrá decir que reconocemos su voz. Y reconocer su voz querrá decir para nosotros aceptar, acoger la palabra de su evangelio, acoger su gracia salvadora que nos viene en la vida de la Iglesia, por los sacramentos dispensadores de gracia y de vida en Cristo; que nos viene por los hermanos, sacramento del amor del Cristo mismo. Y aceptar y acoger la palabra de su Evangelio no será siempre fácil, porque es una Palabra sí de amor, de afecto, de consuelo, pero también es una palabra que nos pide, que nos exige, el perdón, la reconciliación, y que es lo que nos hace realmente cristianos. Podremos hacer, decir, llevar a cabo tantas cosas; si la palabra de perdón y de reconciliación del evangelio no guía toda nuestra vida, seremos uno más de tantos movimientos de buena voluntad y de solidaridad, pero el mensaje de la cruz quizás no habrá tocado todavía nuestro corazón.

Una antigua historia de un monje del desierto del Egipto cuenta que el diablo lo fue a encontrar y le preguntó qué sentido tenía la vida que aquel monje llevaba a cabo. El monje le dijo: ayuno cuatro días a la semana; a lo cual el diablo respondió: nosotros demonios no comemos nunca ... El monje añadió: rezo y velo más de la mitad de la noche; a lo cual el diablo respondió: nosotros demonios no dormimos nunca ... Finalmente el monje añadió: cuando me pegan en una mejilla, presento la otra; a lo cual el diablo dijo sólo: eso no lo podemos hacer; has vencido.

Giorno della risurrezione! Irradiamo gioia per questa festa solenne e abbracciamoci gli uni gli altri. Chiamiamo fratelli anche quelli che ci odiano: tutto perdoniamo per la risurrezione, e poi acclamiamo: Cristo è risorto dai morti, con la morte ha calpestato la morte, ed ai morti nei sepolcri ha elargito la vita.

Le parole di Giovanni Damasceno della notte di Pasqua riecheggiano ancora nelle nostre orecchie e dovrebbero riecheggiare nei nostri cuori. Il Signore risorto, che ha calpestato la morte, rinnova i nostri cuori oggi giorno in cui siamo da lui resi degni di ascoltare la sua Parola, di lasciarla annidare nei nostri cuori. Chiediamo con fede a Lui, il vincitore dalla morte e vivente nella sua Chiesa, che ci faccia il dono di saper ascoltarlo ogni giorno, affinché diventi lui l'unico Signore della nostra vita.

A Él, el Señor resucitado, la gloria, junto con Padre y el Espíritu Santo para siempre. Amén.